

y aunque algo aprisa y de cualquier manera,  
caza, pinta, enamora, ríe y canta;  
y artista de placer, de ingenio llena,  
con astucia discurre  
que más que un Juan que desdeñado pena  
sufre un Don Juan hastiado que se aburre.

## VIII

Y después que Don Juan remitió artero  
las cinco copias á las cinco bellas,  
exclamó placentero:

— Ya he cumplido con ellas —

y á su oficio volvió de caballero,  
que era hace tiempo el de vaciar botellas.

A impulso del Montilla que le inflama,  
cayó cual un cadáver en el hoyo,  
y al fin del mes se despertó en la cama  
como un Baco en el medio del arroyo;  
y con ojos que apenas se entreabrían,  
miró cinco respuestas

en la mesa revuelta en que yacían,  
y después de exclamar: — ¿Qué dirán éstas? —  
abrió las cinco cartas, que decían:

— Voy — contestó la inglesa;

y — voy — le contestaba la italiana;

y sus ojos atónitos miraron

que, en pos de la española y la francesa,  
también se lo decía la alemana,  
y, maldiciendo la ternura humana,  
aquellos cinco *voy* le consternaron.

Al contemplar el trasnochado amante  
aquella muestra general de aprecio,  
quedó Don Juan en tan supremo instante  
con todo el aire necio

de un poeta que busca un consonante;  
pues decir de Don Juan se me olvidaba,  
que el amor que á las cinco profesaba  
es como cierto cuento que mi abuela  
me solía contar con sentimiento,  
y que, aunque el crimen confesar me duela,  
no me acuerdo ya de ella ni del cuento.

## IX

Afortunadamente  
la inglesa y la italiana,  
la francesa después y la alemana,  
tardaron en llegar por lo siguiente:

Aunque fuese más casta que Diana,  
como era el corazón de la italiana  
mezcla del genio griego y del latino,

todo el mundo asegura  
que, en un lugar á Castellón vecino,  
se detuvo á mirar á un campesino  
que era igual á un Apolo en la figura;  
y yo lo creo así, porque no ignoro  
que ella hacía las cosas más extrañas  
por religión, por arte, por decoro,  
por buscar en las ruinas un tesoro,  
por huir *del mal de ojo* á las montañas,  
por bondad natural de sus entrañas  
y por lucir sus arracadas de oro.

## X

Y la inglesa ¿qué hacía?

La inglesa, á quien un Lord la llamaría  
«mujer de distinción y de modales»,  
aunque ya no es muy joven, todavía  
quiere tener encuentros infernales.

Y los tiene; si bien en ocasiones  
le gusta mucho parecer bisoña,  
como toda mujer de pretensiones  
que necesita amar y es muy gazmoña;  
y ama, como quien siente  
haber sido una vez condescendiente,  
pues con respecto á amores  
ya ha visto, con perdón de sus deberes,  
las cadenas de flores  
que los hombres traidores  
enlazan á los pies de las mujeres

Como su honor es joya  
que guarda, con dos vueltas, bajo llave,  
lo que ama en Dios lo apoya,  
que el abandono por mayor no cabe  
en la instrucción de una mujer que sabe  
que fué el amor la perdición de Troya.

Mas como al fin su pecho es pecho humano,  
con la Biblia en la mano  
(que la suele entender sabe Dios cómo)  
camina cual un plomo,  
porque á un joven é incrédulo marino  
que encontró en el camino,  
silbando inglés le enseña á ser cristiano;  
y Fanny de esta suerte,  
volviendo al cuerpo de un papista el alma,  
caminando con calma,  
como es tan desgraciada, se divierte.

## XI

Su paso la francesa deteniendo,  
como quien va con ansia descubriendo  
en el azul del cielo un millonario,  
se encontró con el caso extraordinario

de que hirió á un oficial un bandolero,  
y ella al bandido desarmó primero,  
y al oficial después curó la herida,  
porque Luisa Chenier, como ya he dicho,  
beneficencia, amor, gracia, capricho,  
ligereza y amor, tal es su vida.

## XII

Muy detrás de la inglesa y la italiana  
camina la alemana

leyendo un gran latino, y hasta creo  
que estudiando botánica en Linneo  
(porque entre otras rarezas que tenía,  
criar la rosa azul fué su manía),  
y al llegar á Valencia,  
la ciudad de más ciencia  
en materia de rosas y de amores,  
se detuvo á estudiar filosofía  
con un joven muy docto, que sabía  
que un musgo es una pléyade de flores:  
mas la dejó estudiar, porque aseguro  
que no hará más que acciones decorosas  
su tierno corazón, que salió puro  
de diez ó doce intrigas amorosas.

## XIII

Al «voy» de aquellas fieles hermosuras,  
infel Don Juan, premeditó una huida,  
pues la mucha tensión de sus venturas  
ya ha roto los resortes de su vida;  
y lo mismo que el que huye de una hiena,  
abandona Don Juan á Cartagena,  
con la esperanza vana  
de que ninguna en su excursión le siga:  
pero Julia, ardorosa y sevillana,  
era española, y la nobleza obliga:  
y le sigue, y le sigue, y entretanto  
que ella corre eficaz tras del amante,  
él, escapando de ella con espanto,  
mientras mira hacia atrás, sigue adelante.  
Y á su edad, bien comprendo  
que por andar huyendo  
del fulgor de unos ojos españoles,  
fuese Don Juan capaz de andar corriendo  
diversas tierras y diversos soles.

## XIV

Caminando Don Juan sin rumbo cierto,  
vió á la derecha el sol, y ya orientado,  
de Torrevieja hacia el estéril puerto,

por el terror llevado,  
corrió como escapado  
lo mismo que Mazeppa hacia el desierto;  
mas, como es la mujer un torbellino  
de tul, de terciopelos y de encajes,  
oyó Don Juan tras sí por el camino  
el rumor peregrino  
que harían al moverse unos ramajes;  
y con la prisa y el terror de un ciervo,  
cruzó del Pinatar la antigua aldea,  
y al llegar por la *Rambla de la Glea*  
á la *Peña del cuervo*,  
Don Juan, ya fatigado,  
respira, toma aliento,  
y después, apoyado  
contra el tronco de un árbol corpulento,  
digno de ser por Títilo cantado,  
no lejos del edén de *Matamoros*,  
vió, en el sitio de que hablo,  
una cueva en la cual enterró el diablo  
al último rey goda y sus tesoros:  
y al verla tan oculta entre dos cerros,  
huyendo del amor, que ya le aterra,  
en ella se escondió bajo la tierra,  
cual liebre que se escapa de los perros.

## XV

Cuando oculto Don Juan (más divertido  
que al lado de la joven más risueña),  
se encontraba metido  
como un sapo en el hueco de una peña,  
Julia á la cueva se asomó entretanto  
por cima de una loma,  
como aquella paloma  
que trajo á Clodoveo el óleo santo;  
y antes, mucho antes, que Don Juan la viese,  
con furia le da abrazos y le besa  
con la gracia del tigre que extendiese  
las garras por encima de su presa;  
y al mirar que no hay medio  
de evadir su existencia del asedio  
de una mujer tan bella,  
Don Juan siente junto á ella  
la angustia complicada con el tedio:  
y es que, habiendo querido con vehemencia,  
su corazón gastado, estaba frío.  
Vuelve el amor del odio y de la ausencia,  
pero no del desprecio y del hastío.

## XVI

Al ver amor tan tierno,  
Don Juan contiene por vergüenza el lloro,

y con dolor— ¡misericordia! — exclama,  
cuyo gemir sonoro  
tan sólo encontró un eco en el infierno:  
y Julia repitiéndole — ¡te adoro! —  
le envuelve de sus ojos en la llama,  
y con piedad inmensa  
con los labios cubriéndole la boca,  
su último aliento aspira, y le sofoca;  
y Don Juan sofocado  
dirige al cielo una mirada extensa,  
y por Julia, al morir, acariciado,  
de su amor le dedica en recompensa  
una lúgubre risa de forzado.

## XVII

La pobre Julia luego,  
por un impulso de cariño extraño,  
le dió un beso de fuego  
que matándole al fin le hizo un gran daño:  
y viajó después mucho, hasta que un día,  
pensando en sus amores,  
brotó de su tristeza la alegría  
como se crían en las tumbas flores.

Con respecto á Don Juan no pasó nada.  
Sólo se habló del tétrico homicidio  
de un cierto inglés á quien mató el fastidio  
de un barranco á la entrada;  
y como, por las señas,  
era, más bien que un loco,  
un bribón escapado de presidio,  
ninguno fué á llorarle, ni tampoco  
su cadáver sacó de entre las breñas,  
al cual se le comieron poco á poco  
las aves que habitaban en las peñas.

Muerto el gran amador, de puro amado,  
fué por su mala suerte  
comido por los cuervos y olvidado...  
Como todo buen mozo jubilado,  
su vida hizo más ruido que su muerte.

## CANTO SEGUNDO

## LAS MUJERES EN EL CIELO

## I

Muerto Don Juan por fin, y muertas ellas,  
el linde al trasponer del otro mundo  
(según refiere un teólogo profundo  
que sabe lo que pasa en las estrellas),

conforme iban entrando,  
un ángel grave, de equidad modelo,  
fué sus almas pesando  
en medio del vestibulo del cielo.

Y mientras con delicia  
ve el ángel de la gracia y la justicia  
que, por su grande amor y su esperanza,  
pesaban de ellas más en la balanza  
los días buenos que las malas horas,  
y con risa inefable  
el ángel á las cinco pecadoras  
les promete la gloria perdurable,  
ve Don Juan con espanto  
que sus muchos pecados pesan tanto  
que lo pintan, como es, abominable.

Pero él el fallo del Señor sumiso  
aguarda esperanzado, porque sabe  
que aquellas cinco hermosas  
que él quiso, ó mejor dicho, que él no quiso,  
aunque sea robando alguna llave  
á espaldas de San Pedro, generosas  
las puertas le abrirán del paraíso.

## II

Y la fe que tenía  
en sus pobres amantes, ya gloriosas,  
era justa, á fe mía,  
porque ¿quién lo creería?  
aquellas cinco víctimas piadosas  
que Don Juan tantas veces ha vendido,  
al cielo le han pedido  
que salve del bribón el alma impía,  
y Dios, por excepción, ha permitido  
que Don Juan pueda ser en aquel día  
por los méritos de ellas redimido.

¡Oh encantadores seres  
del alma humana incomprensible abismo!  
¡Si el hombre sabe poco de sí mismo,  
sabe menos quizás de las mujeres!

¡Por eso yo, que indago su destino,  
y el alma humana en estudiar me afano,  
veo en el hombre el corazón humano  
y en la mujer el corazón divino!

¡Y por eso por ellas,  
en mis locos amores,  
del mundo entero devasté las flores,  
y descolgué del cielo las estrellas;  
y por eso jamás el alma mía,  
pudo agotar sus gracias por escrito,  
porque pintar una mujer sería  
verter lo inagotable en lo infinito!

## III

La entusiasta italiana que veía  
perder un alma que salvar quería;  
que, siempre seductora,  
á aquella luz de un alba sin aurora,  
como era tan morena, parecía  
una flor colonial encantadora,  
viva, arrebatadora,  
sobre el platillo que Don Juan vencía  
este mérito echó que le sobraba,  
y es la alta acción de que jamás cantaba  
una canción de frases muy picantes  
que aprendió siendo joven, y mucho antes  
de saber la malicia que encerraba.

Mas con tristeza viendo  
la poca gravedad de tal presente,  
fué echando en el platillo lentamente  
todas las penas que sufrió, teniendo  
una jaqueca, á ratos, persistente;  
y viendo que tampoco estos dolores  
alcanzaban para él el paraíso,  
echó después sus méritos mejores,  
que son los de hacer caso á sus mayores  
en tanto que quisieron lo que quiso.

## IV

Vió este inútil afán, y en el momento  
la alemana, radiante de contento,  
alza su cara roja,  
y en el platillo arroja  
el caso peregrino  
de que, odiando el alcohol, siempre aguló el vino.

Y viendo que no alcanza  
á inclinar del platillo la balanza  
por más que echó á montones  
las muchas ocasiones  
en que quieta y pastosa su belleza  
sacrificó el placer á la pereza,  
también, con vano intento,  
echó por fin el bello sentimiento  
de que fué muy honrada  
el tiempo en que encerrada  
estuvo tras las rejas de un convento.

## V

Pero, de pronto, lleno  
el corazón de Luisa de esperanza,  
al ver que no se inclina la balanza  
ni un ápice hacia el lado de lo bueno,

mira á Don Juan con tierno coquetismo,  
y en el platillo del opuesto lado  
echa el inmenso afán que le ha costado  
el raspar su partida de bautismo.

Después, enternecida,  
el mérito arrojó de que en su vida,  
atenta al bien de su razón tan sólo,  
prefirió el dios millón al dios Apolo,  
y méritos y méritos echando  
(siempre á Don Juan mirando),  
lanzó en el fondo del platillo Luisa  
la acción dudosa de venir amando  
los huesos de su esposo á lo Artemisa.

## VI

Como eterna rival de la francesa  
Fanny Moore, la inglesa,  
que, entre muchas acciones honorables,  
siempre había tenido  
el dolor impagable de haber sido  
víctima de perfidias adorables,  
el mérito mayor que le sobraba  
lánguida echó sobre el rebelde plato,  
y era el tierno relato  
de un antiguo amador que ella no amaba,  
al que oyó tan arisca como un gato;  
añadiendo un tratado de exorcismos  
que ella escribió, repleto de aforismos.

Mas viendo que era inútil su cuidado,  
en el platillo echó de la balanza  
las horas de fastidio en que no ha amado  
y aquellas en que amó sin esperanza;  
y hasta con aire altivo y pudibundo,  
volviendo al cielo de extrañeza loco,  
echó después el mérito profundo  
de que, estando en el mundo,  
solamente en la edad mentía un poco.

## VII

Mirando Julia el invencible peso  
que el alma inicua de Don Juan hacía,  
se sintió acometida de un acceso  
de antigua y renovada idolatría;  
y como ama con fe todo lo que ama,  
y siempre, amando, hasta el delirio toca  
(cual una indiana cuerda que está loca  
y se quema al morir su viejo Brahama),  
al mirar á su amante condenado,  
pensando en su ternura del pasado,  
calcula resignada  
que ir por él condenada  
al infierno es preciso...

Mas ¿qué importa? para ella el paraíso es el ser bella, amar y ser amada.

Julia, por ver al punto rescatado aquel bribón dichoso, nunca cautivo y siempre enamorado, ya el semblante de cólera amarillo, juntando con lo altivo lo gracioso, en cuerpo y alma se arrojó al platillo; y así, perdiendo su alma la española, el alma redimió del caballero con tal valor, que el peso de ella sola hubiera redimido al mundo entero.

## VIII

Y es esto tan verdad, que el cielo siente una ternura á nada comparable mirando tristemente caer desde el empíreo á la inocente en el abismo del amor culpable, y al ver que, tan resuelta como bella, la española, esa caña inquebrantable, el noble fin de sus amores sella salvando del infierno á un miserable. ¡Oh, cuán cierto es que en pechos como el de el amor imposible es el probable! Mas ¿por qué, cielo santo, esa hermosa á Don Juan ha de amar tanto que él se lleve el honor y ella el castigo, siendo ella la virtud y él el infame?... Dice San Agustín: — Dadme uno que ame y veréis cómo entiende lo que digo. —

## IX

Viendo el amante celo de esta especie de Cristo, de amor terreno y redención modelo, resonó en el vestíbulo del cielo cuanto tiene el asombro de imprevisto: y cuando Julia, altiva, al sacrificio su locura eleva, á sus rivales maliciosa y viva les echa una mirada de hija de Eva; y al ver á tan sublime visionaria, quedando como heridas por el rayo, la contemplan las otras de soslayo con cierta estimación involuntaria: rápida la francesa con ojos la miró de envidia llenos; y prorrumpió la inglesa — *Veriwell, veriwell*, — que son dos buenos; y callando humillada la italiana,

se admiró en una frase la alemana de treinta consonantes por lo menos: pues era en aquel día del cielo el entusiasmo tan ardiente, que hasta Don Juan gritó: — ¡Perfectamente! ¡Si fuera yo mujer, lo mismo haría! —

## X

Julia, en momentos tales, se encuentra tan divina, que perdonar no quieren sus rivales la grande admiración que las domina; y las cuatro, frenéticas de celos, ven que cuanto ella mira se alborozaba (pues lo mismo en la tierra que en los cielos era técnicamente buena moza); y, á pesar de la augusta caridad de San Pablo, como nunca á la envidia le disgusta ver cómo á un alma se la lleva el diablo, como es la más genial y peregrina imagen de la raza femenina, celosa la italiana en tal momento unos hondos suspiros lanza al viento; después la inglesa, con sonrisa amarga, echa hacia arriba una mirada larga; y con faz tan divina como humana, sin repetir su interminable frase, paciente la alemana parecía una estatua que llorase; y la francesa, que con ojos mira de un color, entre blanco y azulado, que daba á su mirada un aire frío, hasta llegó á decir, siendo mentira, que en Sevilla una vez mató con ira á otra cierta mujer en desafío; y las cuatro rivales no notaron jamás, hasta aquel día, que la española, al parecer, tenía, los ojos un poquito desiguales: y aunque eran, como Julia, todas bellas, por su belleza era la envidia tanta, que, bajando la voz, dijo una de ellas: — Se va al infierno por fingirse santa. —

## XI

Pero ¿qué vil conjuración es esta contra un ser tan paciente? Es la mujer tortuosa que detesta por celos del oficio á la serpiente. Ser rival es odiar y ser odiada. Hasta la misma sombra condenada

## XIII

Cuando Julia después ya no veía al león que la había fascinado, y en su aire consternado revelaba el martirio que sufría, la madre Eva, saliendo de repente del fondo de la gloria, le dijo á Julia cariñosamente: — Aun vive en tí el honor de mi memoria; — y, abrazando á la sombra despreciada, — ¡Hija mía! ¡hija mía! — nuestra madre primera le decía, y cien veces, teniéndola abrazada, — ¡Eres tan hija mía!... — entusiasmada Eva le repetía. Y contemplando en Julia al tipo eterno de esas almas benditas que tornan por lo que aman el infierno en un sueño de dichas infinitas, la madre universal de las naciones cuando deja del cielo las regiones, más que por propios, por ajenos vicios, llena á Julia de santas bendiciones, en nombre de los buenos corazones que comprenden los grandes sacrificios. ¡Ay! ¡Aunque os jure la estulticia humana que una mujer es todas las mujeres, yo os juro por el padre de los seres que aquella alma infeliz no tiene hermana!

## XIV

Viendo á Julia, que marcha resignada del cielo azul hacia las puertas de oro, todo el celeste coro suspira por la sombra desterrada, y de Julia las huellas sigue con paso incierto por las regiones bellas, donde se ven, como en un libro abierto, poemas cuyas letras son estrellas. Y cuando Eva doliente, al volverla á decir: — ¡Pobre hija mía! — la atrajo hacia su pecho dulcemente, de Julia un gran torrente de luz apocalíptica salía; y cuando Eva así exclama y aquellas almas buenas ven ir hacia el infierno, por el que ama, á la noble mujer por cuyas venas no circulaba sangre sino llama,

cuando, al andar, con cadencioso talle, y al ver el no sé qué de su mirada las almas al pasar le abrían calle, sin respeto tal vez al lugar santo, humilla á sus rivales con encanto, porque estos bellos seres aunque se ocupan de los hombres tanto, se ocupan mucho más de las mujeres.

## XII

Y ¿qué era de Don Juan? Don Juan tranquilo dos lágrimas soltó de cocodrilo: y porque al cielo su elegancia asombre, mira en torno con plácido cinismo, con aquel aire fanfarrón de un hombre que tiene una alta idea de sí mismo; y cuando entra en los cielos insensible, su pobre redentora despreciada con ojos de limpieza irresistible le acaricia al pasar con la mirada; pero él, exagerando pretencioso la parte teatral de su manera, volviéndole la espalda, ni siquiera dejándose adorar fué generoso; y en tanto que los buenos serafines ancho paso le abrían, sus miradas decían: — Vedme bien; soy Don Juan. ¡Sonad clarines! Y la española, aunque contiene el llanto, de mirar tal desprecio casi loca, á juzgar por los ayes que sofoca nunca mártir alguno sufrió tanto; porque ¡oh Dios! ¿quién creyera que aquel hombre galán y degradado dejase á Julia, sin mirar siquiera á una mujer tan noble y hechicera, que, si volviese á verle desgraciado, su propia sangre á su salud bebiera? Pero aquella alma vana, probando que era cierta la expresión italiana de — pensamiento oculto en cara abierta, — deja á Julia, sabiendo que queda su ex-querida de alma y cuerpo perdida, y en el cielo se entró como diciendo: — Que Dios os dé salud y larga vida. — Y dolor afectando, las rivales le siguen, ocultando su rabia y sus enojos; y entran con él las pérdidas mostrando rabia en el corazón, llanto en los ojos.